

Tres Poetas Subterráneos

Por Ignacio Valente

Llamo "subterránea" a esa innumerable poesía que el crítico suele recibir, a menudo de provincia, por lo general de autores jóvenes, y editada en las condiciones más rudimentarias, si podemos llamar editados a esos textos no acogidos bajo ningún sello editorial —autoediciones mínimas— cuya impresión va desde el roneo y la fotocopia hasta los caracteres humildes de alguna imprenta artesanal viejísima. Por cierto que el contenido de tan heroicos empeños editoriales es con frecuencia muy pobre. Pero aquí y allá, dentro de ese continuo llegar de modestos cuadernillos y opúsculos, brillan inesperados gérmenes de talento que vale la pena destacar, precisamente por el casi anonimato y las heroicas condiciones en que trabajan sus creadores.

Es el caso de tres títulos recientes: *El antiguo ha sucumbido* de Bruno Serrano, *Efectos personales y dominios públicos* de José Angel Cuevas, y *Escrito sobre un balancín* de Carlos A. Trujillo (Ancud).

He aquí el tono verbal de Serrano: "Tus pechos lacios se descuelgan / El pezón plomizo se contrae / desgastado por bocas pequeñas / No son los senos duros y vendidos por los Posters". Este contrapunto es el factor más constante y la nota más fuerte de su poesía. Si el amor es con frecuencia idealizado, aquí lo es en forma inversa: adquiere su dimensión total precisamente al situar a la amada en las condiciones reales, antiestéticas, antilíricas, en que efectivamente existe y es amada: "Las piernas sembradas de venas / La eternidad de pie / Los sinfín hospitales / El perpetuo ser pobre / Tus manos blanquean de artesas / se truncan de escobas. . .". Y es conmovedora, justamente, la energía de ese amor que no se hace ilusiones, que no transcurre en el limbo, que se crece en la exacta medida del deterioro, de la emocionante miseria de la realidad: "Mis ojos te buscan bajo tu vestido ajado / delgada esposa tierna mía arrugado amor".

A ratos el poeta se deleita casi furiosamente en esa contraposición entre la dolorosa pero amable realidad, y la falsía de lo artificial y extranjerizante. Su amor, dice "no es un amor de trama fina / Es un sentimiento grueso / como el tejido tosco de las mantas mapuches". El sur de Chile es la patria de este altivo amor autóctono que se define y fortalece en su carácter pobre, raído, conmovedoramente gratuito, por contraste con el seudo amor de la fantasía televisiva y de la sociedad de consumo: "No es un amor en colores ni entre autos importados / No tiene aroma de perfumes foráneos / (tiene olor a cansancio largo y a sudor) / No sabe a whisky / ni a música pausada de radios FM". La misma vocación realista lleva también al poeta a la denuncia política, como ocurre en el asesinato del poeta hermosamente descrito en *El fogonazo*: "Tenía la conciencia sucia de ideales / Su cabeza llena de ideas clandestinas y el corazón podrido de esperanzas / dijo el Hombre Oscuro / guardando el fogonazo en su bolsillo / Y un auto lo llevó veloz hacia su jaula". Hay verdadera pasta de poeta en Serrano, en su amor orgulloso, en su coraje social. Sus versos "no son Rimbaud / No son Baudelaire / Son poesía escrita en Chile / con más de Mapuche aprisionado / que de Europa / con manos callosas de trabajo / y no finas de descanso existencial". Me

gusta el programa de esta poesía que evoca los primeros libros de Efraín Barquero; por esta misma complicidad en su intento le sugiero que, para progresar, también le llegará la hora de pasar por Rimbaud y Baudelaire: no para renunciar a su vocación autóctona sino precisamente para definirla mejor y con más potencia verbal.

El de Cuevas es un libro sumamente irregular, lleno de caídas, curiosamente obsesionado por el mundial de fútbol del 62 y otros sucesos pop de aquellos años. En medio de mucho relleno hay tres o cuatro páginas notables, de las cuales entresaco este hermoso fragmento: "Mi preocupación presente no es el placer / ni la realidad. / Ahora me estoy armando de paciencia, / creo que de aquí saldrá / algún nuevo Francisco de Asís. / Entretanto / preparo dos hermosas alas, dos / alas color naranja poderosas. / Con ellas haré mi vida futura. / Adiós al pasado, señores, / observen detenidamente el firmamento: / uno de estos días / ¡me verán volar sobre / el centro de Santiago!" Magnífico.

El caso de Trujillo es muy diverso. Su lenguaje es más literario y culto. No tiene la tosquedad agreste y conmovedora de Serrano, ni el vértigo tragicómico de Cuevas; en cambio, es una escritura más elaborada y sintética. De hecho, su libro es un conjunto de epigramas, algunos de ellos muy agudos, leves, sugerentes. Y, desde luego, "existenciales" más que autóctonos: "Entré a la vida / como por descuido / del portero / pero debí quedarme / y pagar / todas las consecuencias". Este tema resuena en otro verso de connotación amorosa y de admirable densidad: "Antes de nacer / pregunté si existías". Con frecuencia la realidad misma es corroída por la duda filosófica y aun metafísica: "Dudo si soy aquel / que veo en el fondo del espejo. / ¿No será todo una farsa?" El cuestionamiento del progreso y la nostalgia del retorno a la tierra y a la naturaleza es un motivo que Trujillo comparte con Serrano y Cuevas, si bien a su manera: "Guerra / a muerte a la telegrafía sin hilos / ¡Vivan las palomas mensajeras!" Nuestros poetas se resisten con dientes y garras a la civilización científico-tecnológica que nos invade y arrastra: rechazo de sintomática unanimidad.

Trujillo evidencia la asimilación de un moderado y personal surrealismo: "La palabra cayó a la mano muerta / Y le dijo: / No olvides el secreto. / Recuerda. / Los difuntos no deben abrir la boca. / Hay moscas". Así como Serrano recuerda a Barquero y Cuevas a Parrra, hay poemas de Trujillo donde resuena un eco de Uribe: "Paso por la vida / Con los ojos cerrados / Temeroso de abrirlos / Y ver / Que —quizá— / Nuestro aire / Se ha fugado para siempre". El libro abunda en hallazgos breves y penetrantes de original sabor: "Toda la noche / sobre el techo de alerce / tecleando / la lluvia / como empleado público".

En suma, que nuestra poesía está viva, puesto que es capaz de producir con tanta frecuencia, y desde muy precarias condiciones económicas y culturales, poemas tan notables como algunos de los aquí citados y muchos otros para los cuales me falta espacio. Algo tiene Chile que le da esta imprevisible y continua creatividad. Pero, por cierto, ella no procede de la cultura oficial, de sus instituciones, talleres y cenáculos: ella viene de la soledad y el dolor de las catacumbas.